

Millanes Rivas
Paisaje nacional

Alianza editorial

Primera edición: marzo de 2024

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Millanes Rivas, 2024
© Alianza Editorial, S.A., 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-619-4
Depósito legal: M. 661-2024
Printed in Spain

Índice

2024	11
1963	75
1937	131
Archivo	203
Agradecimientos del autor	233





2024

Estoy en la carretera contigo, María, en el restaurante pero en la carretera. Si afuera la ciudad vibra, aquí dentro solo lo hago yo porque todo lo demás está en calma. Las mesas repartidas por el salón, las lamparitas de bombillas parpadeantes para hacer el efecto del fuego, los dragones dorados pintados en el papel rojo de la pared, los amantes. Nadie diría que en este restaurante se disputa una guerra. Sobre el mantel, el campo de batalla, dentro de nuestras cabezas la estrategia. La sopa está tan caliente que esperamos, el calor nos sube por la barbilla. Nada en este restaurante exige premura. No hay trajín en las camareras. Su ir y venir no nos distrae de lo nuestro, que es esta conversación llena de pausas, de miradas cruzadas, de palabras torpes. Miras al techo, te rascas la coronilla. Simplemente esperas a que sea yo quien esfume la tensión como el vaho de la comida. En los últimos meses lo nuestro se ha resentido. El espacio que hay entre tú y yo está sumido en el silencio. Nos comunicamos, pero es con la precisión del técnico: puedes añadir esto a la compra, hoy llegaré un poco más tarde, ya está

empezando a hacer frío. No lo vimos venir. El verano acabó, yo marché a El Álamo y a mi vuelta las palabras se habían ido. Estoy más distraído que de costumbre. Lo que ocurrió allí en El Álamo me ha impedido hablar, siento que nada merece ser contado salvo, precisamente, aquello. A la vez, pienso, es tan inenarrable. Durante todo este tiempo tú has esperado con más paciencia que asombro. Una caricia que no es correspondida. Una invitación que declino. Pero a los días empezaron a llegar tus preguntas: estás bien, ocurre algo, estás bien / después los consuelos: sea lo que sea podemos hablarlo. Esa intención tuya de socorrerme me violenta. Cada día lo intentas con una mayor sutileza, así que he tenido que aprender las señales de la confrontación para prevenirla. Te siento apagar los interruptores de las lámparas, venir por el pasillo hacia el dormitorio, tragar saliva antes de hablar. Sé que te has dedicado durante semanas a seguir las pistas, a estudiar las señales. Hasta que un día, ayer noche, en medio de una fiesta llena de amigas te levantaste de la mesa y saliste a la calle. Fuera fumaban la Julia y Santiago, dos cuerpos abrazados y humeantes. Estábamos en el mismo lugar pero tan lejos, te vi abrir la puerta y apoyarte en la pared. A través de los cristales del bar, vuestros aspavientos, el cigarrillo dando vueltas entre los dedos, vuestras bocas enérgicas, podía interpretar las palabras como un lector de labios profesional: desapareció en El Álamo, no hay quien le entienda, mira yo estoy preocupada, de qué vas vamos a ver despídate, se asustó y huyó, no es eso eso no puede ser, nos necesita, no hay quien pueda ayudar a una persona si esa persona no se deja ayudar. Y al volver al interior del bar, olías a tabaco y me sonreías, y yo sé que fingías que esa conversación no había ocurrido hasta que llegamos a casa. Cuando yo ya estoy metido en la cama con un libro en las manos, entras en el dormitorio atán-

dote el pelo: he hablado con la Julia y Santiago, dicen que desapareciste de El Álamo / tu mano cruza el aire y levanta mi barbilla, mis ojos tardan más tiempo en subir / no vas a hablarme. Yo: en otro momento. Tú repites: en otro momento. Yo me adelanto: mañana. Te mueres por preguntar: dónde estuviste, qué pasó. Pero yo dije: mañana / y tú asentiste. Así que aquí estoy cumpliendo mi promesa. Ya es de noche, pero todavía es mañana. Tú tienes que conocerme mucho para venir tan discreta, tan indefensa. La primera vez que cenamos juntas fue en un restaurante parecido a este pero en Lisboa. Entonces eras mucho más combativa conmigo. Entonces las dos teníamos el pelo diferente y cinco años menos. Una vez te escribí un poema que decía: aquí estoy en nuestra calle con el cigarro en la boca contigo hablando de Lisboa de cuando nuestro amor era tan joven impetuoso nuestra casa un sueño. Luego el sueño desapareció porque nos fuimos a vivir juntas. Y después dejé de fumar, ahora le digo a todo el mundo: yo es que ya no fumo, sabes / tú sonríes algo incómoda, adivinas cuándo lo voy a decir. A pesar de todo lo reconozco, si lo de Lisboa empezó fue por un cigarro. Dos jóvenes en una calle fuera de un pub, y es como si Dios hubiera apartado una a una a cada persona de alrededor. Y así, de golpe, en medio del frío y de la nada, con un leve murmullo de los gritos de las amigas en el interior, Dios inventó el amor. Un breve paréntesis en la vida. Una de las dos lleva la cabeza envuelta en una bufanda y por fuera solo se escapa el humo del fumeteo y la nariz aguileña. La otra sale a la calle y para quieta a unos metros de la persona desconocida, mira apenas un segundo, como quien duda de si saludar o no, y rebusca el mechero en su abrigo pero no lo encuentra. Las botas hacen clac sobre el empedrado hasta que la nariz aguileña se gira y las dos caras se topan de frente por primera vez: ex-

cuse me do you have a lighter / y al acercarle el mechero las dos comprenden que van a hablar el mismo lenguaje. Tras acabar de fumar, abriste la puerta del pub y se nos llenaron los ojos de luz y los oídos de mucho ruido. Había acabado el paréntesis. Me propusiste juntar nuestras mesas. Aquella misma noche nos acostamos. Todo vino después muy rápido. Si pudiéramos viajar en el tiempo iríamos hasta aquel primer día, tan jóvenes, tan revoltosas. Veintitrés años y ya nos estábamos haciendo la promesa de estar siempre juntas. Lo cierto es que desde Lisboa hasta ahora ha pasado el tiempo suficiente como para que las cosas cambien. Un día comentaste algo así: ya no eres la misma persona. Realmente dejaste volar la frase, no pienso que tuvieras la intención de provocar en mí el cambio a la inversa. Yo con cinco años menos, ni tú ni yo queremos ver eso. Simplemente es un hecho, algo cierto, que vino en la época en que yo pensaba que las palabras solo podían servir para nombrar la verdad. Cuando nos mudamos juntas escribí un poema que decía: al subir la montaña Canessa y Parrado oyeron el silencio oyeron la verdad. Entonces no me avergonzaba compartírte esta clase de petardecas. Ahora apenas lo hago, todo lo que escribo está guardado. Las cosas que pienso casi no las comunico. María, esta noche voy a contarte y estoy de los nervios. Por eso he llegado antes de tiempo. Sin que la camarera me lo pidiera advertí: voy a esperar a otra persona. Ella sonrió y señaló con la mano abierta todo el salón. He escogido una mesa al fondo junto a la pared, para tener la espalda bien cubierta como los mafiosos. Desde aquí puedo ver todo el restaurante. También, tras el ventanal de la entrada, la lluvia de la noche y los paraguas sobre la acera. De repente, un paraguas de corazones, detrás de él ha salido a borbotones el humo de un vapeador como el de un tren. Sin verte la cara, ya he sabido que eras

tú. Los ojos negros, los labios rojos. El paraguas se ha cerrado. Has entrado en el restaurante y por lo del carmín solo nos hemos frotado las mejillas. Nuestros dedos se han rozado, rápidamente los he separado, esta noche me tiemblan mucho las manos y lo quiero disimular. Me has apartado unos mechones tras las orejas. Tengo el pelo húmedo, se me cae sin gracia sobre la frente. Yo: no traje paraguas. Me miras con tanta ternura, con cierta condescendencia, también te digo, cada día me entiendes menos. Te he acercado la carta para distraerte, la pierna me brinca de ese modo que tanto te molesta. Me has leído los platos y simplemente has estado esperando que en algún giro de la noche sea yo quien te explique: en El Álamo lo que pasó fue esto. Vas rascando en mi silencio en busca del origen. Yo también estoy rascando hasta el fondo. Somos como la pintura de Gerard Richter, rebanada, acuchillada, cepillada, atravesada por una espátula. Bajo la última capa, asoma la anterior. En nuestra habitación hay enmarcada una lámina de Richter. Cuando por las noches miro esta imagen pienso en la noche de El Álamo. Todas las historias estratificadas en un mismo lugar, sobre el mismo campo. Algún día iremos a El Álamo, quién sabe si seguirá abandonado para entonces. Quién sabe, te digo, si el pueblo seguirá allí. Pero si lo hace, si el pueblo no se ha marchado, por supuesto que iremos. Seremos ese día dos turistas entre las ruinas. Pasearemos bajo la alameda, cruzaremos la plaza, te señalaré el punto exacto en la pradera: aquí fue donde sucedió. Tú te mostrarás confusa: cómo puede haber ocurrido algo así. Yo: tampoco me lo explico, simplemente sucedió. Tú insistes: cómo puede haber ocurrido algo así. Yo: la naturaleza tiene sus leyes / y te contaré lo de Kosovo, a mediados de la década de 1990 el genocidio bosnio a manos del ejército serbio. Cuando la guerra acabó, había que abrir fosas y localizar cuer-

pos para demostrar los crímenes de guerra de Milošević. La Organización de las Naciones Unidas creó el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, que reclutó un equipo internacional para ello. Hasta allí llegó Margaret Cox, antropóloga y forense inglesa. Como tú y yo por los alrededores de El Álamo, Margaret podría estar en ese momento paseando con su equipo, las técnicas con sus magnetronomos y radares, las perras husmeando el barro, un helicóptero surcando el cielo. Están atentas a los resultados de un radar climático. En la pantalla, el suelo discriminado en capas de calor, estratificado como las historias, como las pinturas de Richter. Los radares climáticos lo que buscan son cuerpos enterrados. A esas alturas de siglo, el ejército sabía cómo persuadir a las investigadoras; por ejemplo, podían revertir las señales magnéticas introduciendo cuchillas dentro de la carne de las muertas, en el peor de los casos minar el campo y volar a las rastreadoras. Margaret se recolocó sus gafitas, vio un bancal de mariposas, siguió el rastro. Pudo comprobar que era cierto aquello que se contaba en los pueblos de la zona. Decían que allí donde había enterramientos venían mariposas azules. Y los Balcanes se estaban llenando de mariposas. Los equipos forenses prepararon la zona e iniciaron el proceso de excavación. Margaret y sus técnicas señalaron la zona en un cuadrado perfecto, los monos blancos bajaron dos metros, la tierra sacada se fue acumulando en las cercanías, aparecieron los primeros restos humanos. Estaban en una fosa común. Aquellos lugares marcados en el mapa como posibles enterramientos estaban cubiertos de campos de artemisa, flor que la mariposa azul toma como alimento. Una germinación de artemisas extraordinaria dio pie a una comunidad de mariposas azules extraordinaria. Cuerpos extraordinarios nutriendo el suelo. Como si una mariposa hubiese sabido

el significado mismo de la anunciación. Puedo sentir una mariposa revoloteando entre tu cabeza y la mía, cuando decido anunciarte. Llega la cena, en el momento exacto en que te muestro El Álamo. La sopa está tan caliente que esperamos, el calor nos sube por la barbilla. Tus manos bajan de la coronilla a la mesa. Desplazas el mapa hacia ti, tu cara se vence sobre él, la melena se te escurre de la nuca y baja a las clavículas. En un principio no entiendes, alternas la mirada entre la pantalla y mi cara. Para ver mejor subes el brillo, tanto que se te iluminan las facciones desde abajo. Yo te acerco mi cuerpo, te tiendo mis dedos. Con la yema nos desplazo por las líneas, avanzamos por la carretera sobre el mapa. Es fácil olvidarse de dónde estamos, en la carretera contigo, María, en el restaurante pero en la carretera. Te llevo hacia El Álamo. El ceño está arrugado. Tus ojos los satélites sobre la tierra, las manchas verdes, los embalses pintados de azul. Atravesamos la A5, una desviación, la nacional 502, otro desvío, una pequeña carretera que no está en el mapa. Entonces aparece El Álamo. Un conjunto de tejados naranjas. Los campos bien delimitados a un lado. El arroyo, bajo la arboleda, oculto, no se ve, no podemos distinguirlo, entendemos que lleva agua pero bien pudiera ser que solo lleve el nombre. Junto a El Álamo, una carretera de sur a norte, que tiene un desvío hacia el pueblo. Casi pareciera que El Álamo es un erizo de castañas en la rama antes de caer. En la imagen satélite lo puedes apreciar, esa castaña formada por cinco bloques de casitas. Uno de los bloques en torno a una fuente, que ahora está ya seca, la reconvirtieron en jardinera en su momento, pero cuando yo fui tampoco había flores. Los otros cuatro bloques tienen un pinar en el centro. Todas las casas tienen dos entradas, una desde los pinares y un portalón trasero que da acceso al corral. Hay que tener en cuenta que este pueblo en su día se

construyó precisamente para el trabajo, por eso se planteó un trazado como este, donde los carros podían acceder directamente desde las zonas de arado hasta los corrales. Las niñas en cambio podían por ejemplo salir de casa por la puerta principal, hacia el pinar, jugar bajo su sombra o caminar hasta las escuelas sin tener que hacerlo por los mismos caminos que los carros. Hablo de la sombra porque en El Álamo prácticamente solo hay sombra bajo el pinar. También hay un porche que conecta la iglesia con el edificio administrativo, lo que después fue el ayuntamiento. El resto yace bajo el cielo. El suelo del pueblo se calienta y en verano la flama se mantiene hasta por la noche. El sol desaparece a última hora de la tarde por detrás de un monte próximo. El monte es de granito, tiene un color azulado menos a esas horas del atardecer que se vuelve más bien violeta. Para entonces, el pueblo blanco se vuelve un campo de malvas. La primera vez que lo vi fue también así en el mapa. No buscaba El Álamo, buscaba Logrosán. En concreto, cómo llegar en autobús a Logrosán. Mi tía abuela murió hace unos años, nos llamó el hijo de su último marido. Era la única de la familia que todavía vivía en ese pueblo. Mi abuela, su hermana, se marchó siendo joven, porque se casó con mi abuelo y les dieron unas tierras para vivir lejos de allí. Con ellas se llevaron a sus padres y quedó sola mi tía abuela en el pueblo. Hasta entonces, todas las generaciones que han conformado mi familia habían vivido allí. Eso es lo que siempre me contaron. En algún momento de la historia llegó una antepasada mía a Logrosán y ya se quedó ahí para siempre, así todas hasta mi abuela. Como se le fue la familia, mi tía abuela vivió sola los últimos años. Es una lástima la cantidad de gente que se muere viviendo sola. Supongo que mi tía abuela no se lo esperaba cuando se fueron su hermana y sus padres. Primero, porque estaba casa-

da y cuando alguien se casa tiende a pensar que va a estar acompañada toda la vida, pero su marido se mató en la carretera. Segundo, porque no imaginaba que su familia dejaría de visitarla. Por entonces en mi familia no existía este pánico que precisamente le tenemos a la carretera a día de hoy. Con los años nadie iba a verla porque nadie quería viajar. El miedo ha sido más fuerte. El primer marido de mi tía abuela no fue el único que se mató en un accidente, también un primo de ellas y un hijo de ese mismo primo, después atropellaron a un vecino del pueblo con el que teníamos relación y por último la más pequeña de mis tías tuvo un accidente hace veinticinco años y eso nos marcó también a las más jóvenes. Mi tía abuela lo entendía, nunca dispuso que fuera nadie a su casa. Hablábamos mucho con ella, eso sí, nos llamaba constantemente, nos recordaba, imagino, que éramos todas miembros de una misma familia. Era algo así como el símbolo de un Estado plurinacional. Nos cuidaba y nos vigilaba a través del teléfono. Esa mujer era un fantasma porque nunca la vi, era una voz sin cuerpo. Un panóptico ciego. Se casó años después con otro hombre del pueblo, que era el panadero, ese también se murió enseguida pero porque ya estaba enfermo. Como el panadero tenía un hijo sí que le quedó la compañía de este muchacho, de este hombre que ya era mayor. El hijo, además, heredó la panadería que hay en la plaza del pueblo y es hoy el panadero. Fue él quien llamó a una de mis tías para darle la noticia de que mi tía abuela había muerto. Se nos presentó en persona cuando fuimos al entierro. Todo esto sucedió poco tiempo antes de conocerte, María. Entonces mi abuela también estaba viva. Mis tías decidieron no contarle que se había muerto su hermana. No podría haber ocurrido a la inversa porque mi tía abuela era la cuerda de las dos, a ella le habrían dicho: tu hermana se ha muerto / y mi tía

abuela se habría lamentado por el teléfono, habría mirado a un rincón de la casa y se habría imaginado que ahí estaba su hermana despidiéndose de ella en medio de las sombras, porque tampoco nadie la habría ido a buscar. Mantenerle el secreto a mi abuela fue fácil, ella no daba problema ninguno. Acordarlo también, nadie quería contárselo. El quebradero de cabeza para la familia fue el viaje porque ninguna quería conducir hasta allí. Por eso me lo pidieron a mí. Que no conduzco. La última vez que había conducido fue en el examen de la autoescuela, y si lo hice fue porque me dejé llevar por el extraño ritual de la adultez. Aquel verano de los dieciocho en el pueblo antes de la universidad, donde pasábamos las noches en vela hablando de lo gilipollas que eran nuestros padres, las mañanas en la autoescuela y las tardes huyendo del calor, durmiendo, con las persianas bajadas. Recuerdo los paseos por el río, las madrugadas que nos colamos en la ermita. También aquel día en que salimos con una escopeta de perdigones al canal, rompimos la ventana de un camión y echamos a correr hacia la cantera. O la noche en que me dio un coma etílico y uno de mis amigos se presentó en urgencias, un crío que lleva a otro sobre los hombros, y dijo: soy su novio, dejadme a su lado por favor. Las cosas sí que cambiaron después, pero entonces no queríamos separarnos. Supongo que por eso disfruté de la autoescuela, porque siempre estaba rodeado de mi grupo. Luego de aquel verano ya no cogí más coche hasta que se murió mi tía abuela y mis tías me convencieron de llevarlas a Logrosán. Los días antes estuve buscando un autobús que me ahorrara el compromiso, no lo conseguí, pero así encontré el pueblo, El Álamo, que más que pueblo parece los restos de una antigua finca de labriegos. Durante el entierro de mi tía abuela, con la imagen todavía en la cabeza de El Álamo visto desde el satélite, le pre-

gunté a su hijastro el panadero: aquí al lado hay un pueblo abandonado. Él me respondió: abandonado a veces / y soltó una risita floja que acabó en tos. En ese momento no lo entendí. Un pueblo que está abandonado a veces. Pensé primero en fantasmas. Un pueblo desértico ubicado entre el monte azul y los campos de trigo, en el que no hay nadie y porque no hay nadie están sus habitantes, una cuadrilla de muertos. Después de aquel día ya no volví, en mi mente se plegó Logrosán, el pueblo de la familia, y El Álamo, el pueblo de los fantasmas. A veces, sin embargo, volví a pensar en El Álamo, aunque nunca antes te haya hablado de ese lugar. Pensaba en El Álamo, igual que en tantos otros pueblos de colonización, porque durante mucho tiempo he querido escribir una historia sobre aquellos lugares. Mis abuelas fueron colonas, mis abuelos fueron colonos. Todas nosotras somos hijas de los planes de regadío porque de los planes de regadío surgieron nuestras casas. Durante muchos años pensé que hablar de los pueblos de colonización era lo más cercano a hablar de la historia de mi familia, que de nosotras no había nada más que decir. Que a nosotras no nos había tocado tener una parte de la historia. Porque no nos la hemos contado. Nuestra tradición narrativa no es la escrita sino la hablada y resulta que no hay un relato oral que se haya ido vertiendo de unas a otras. Si acaso lo de que todas venimos de Logrosán, pero esta historia es tan corta que se acaba al enunciarla. Pensaba que las historias de las bisabuelas y tatarabuelas están en la neblina como para ellas están nuestras historias. Hemos perdido los nombres, no nos han llegado los rostros. Apenas tengo fotografías de mis abuelas de antes de casadas. Excepto una, mi abuela y su hermana cuando eran prácticamente unas niñas. Las demás son ya de las décadas de 1950 y 1960, cuando se empezaron a habitar la mayoría de los pueblos de colonización. Entonces estaban muy nuevos, muy

blancos. No llevo estas fotografías encima, María, pero tengo que enseñártelas algún día. Para que te hagas una idea, te busco en internet las imágenes de Joaquín del Palacio, un fotógrafo, apodado Kindel, que se encargó de recorrer los pueblos de colonización durante aquellos años y dejar testimonio. Estas fotografías son tan bonitas. Una mujer que lava la ropa en un charco de lluvia y en el reflejo de seis casas, o nueve niños que juegan al fútbol en un descampado bajo la solana enmarcados en la sombra de un porche, u otra mujer que de nuevo se dobla para lavar esta vez en un abrevadero con la bicicleta y el niño a un lado. Pero por la casa de mis abuelas no pasó Kindel, por El Álamo tampoco y seguramente no pasó casi nadie, porque El Álamo se fue vaciando durante las tres décadas siguientes. En lo que respecta a nuestras fotografías, la más antigua, donde están mi abuela y su hermana de niñas, tampoco la tenemos de hace mucho. Estaba en casa de mi tía abuela, su hijastro el panadero nos la envió en un sobre con otros tantos papeles. Mis tías no querían la casa de su tía para nada y la pusieron en venta, pero sabían que difícilmente alguien la iba a comprar. En estos pueblos cada día hay más casas en venta, pero normalmente la gente joven que se compra una casa no compra estas. La casa de mi tía abuela es como una cueva, oscura y húmeda. La luz que había en las tardes sería probablemente la del televisor. Para aligerar el dinero vendieron también gran parte de los muebles. Al principio no se pusieron de acuerdo, porque una de mis tías, la mayor, llamó al Centro Reto, que es una gente que te vacía la casa gratis y con lo que sacan de vender las cosas costean un programa de reinserción de drogodependientes. Otra de mis tías, la más pequeña, se molestó con ella porque decía que los del Centro Reto le comían la cabeza a las yonquis. La otra, la del medio, intercedió por la hermana mayor y le dijo que evangelizar no era comer la cabe-

za a nadie. Al final se entendieron porque les urgía olvidarse de la casa. Sin que se lo pidieran, el panadero nos envió lo que decidió rescatar de los cajones. Antes de que mi abuela también se muriera y entonces mis tías dejaran de hablarme, yo tuve estos papeles en la mano, y entre varios documentos uno:

Antonio Rojas Pedrero Presidente del Ayuntamiento de Logrosan (Caceres) en nombre y representación del mismo a V.E.respetuosamente acude y expone: Que en vista de las peticiones formuladas por la Sociedad Agrícola «La Convencida», la Corporacion que presido en sesion celebrada en 21 de noviembre anterior,acordó dirigirse a V.E.en suplica de que por la Comision Tecnica Agraria sean confiscados los bienes de Propios y Comunes que fueron de este Municipio,y que disfrutaban ilegalmente varios vecinos,procedentes de concepciones arbitrarias, con grades perjuicios no solo para el vecindario, sino además para este Municipio; y aquellos que fueron cedidos en venta legal,hoy se hallan con una ocupación tan considerable,que perjudican a la Hacienda publica grandemente. Por lo expuesto;

Suplico a V.E.se digne atender el ruego que en nombre de este pueblo formulo,seguro de que con ello se hace un gran servicio a la clase redimida que ha sufrido la penuria de aquellos que siempre abusaron del desheredado.

Así lo espera alcanzar de V.E.por ser de justicia.

Logrosan 3 de Diciembre de 1931.

Excmo. Señor,